

Los intelectuales de derecha en México

Talía Joanna García Vergara*

“...los verdaderos intelectuales se supone que han de asumir el riesgo de ser quemados, sometidos al ostracismo o crucificados”¹.

Además de evidenciar la postura política de los “hacedores de ideas derechistas” (la mayoría bastante conocidos en el mundo académico), incentivaron la reacción de los otros, los “intelectuales de izquierda”, reforzando así la función social del intelectual. Aprovechemos entonces, la fresca figura y presencia del hacedor de ideas en nuestra memoria colectiva para revisar la historia nacional, muestra clara de que la controversia del 2006 no es caso único en el andar del intelectual en el país, así como tampoco es única la estructura de polarización. Es tan importante el intelectual que vemos también que la figura presidencial recurre a éste como respaldo y legitimación de su gobierno, artificio que lógicamente no es nuevo en la política mexicana, conduciéndonos a la reflexión de la función social de este personaje. ¿Qué función tiene el intelectual en la sociedad? Específicamente en una sociedad que ha gestado y presenciado las distintas expresiones de lo que profesan, reiteran, apoyan y defienden los líderes de la opinión pública (que, propiamente, no siempre entran en la categoría de intelectuales).

El año de 2006, año electoral para México, significó en la historia, en las letras, en el imaginario colectivo, un año de polémica y polarización de opiniones, posturas, actos e ideas en torno a la vida política del país. La opinión pública, en sus varias presentaciones, vivió una serie de enfrentamientos que despertaron las más vivas discusiones; aquí aparece un sector social interesante por su complejidad, y sobre todo por su evidente acto de presencia a lo largo de este periodo: son los intelectuales

mexicanos, quienes toman los principales diarios del país para llevar a cabo un encadenamiento de confrontaciones epistolares y divisiones incisivas. Publicaron ellos algunos pliegos petitorios que, además de mostrar la mayor cantidad de firmas recaudadas, los ubican irrefutablemente en alguna postura política; reiterando con ello categorías de compleja definición. Nos referimos, indiscutiblemente, a la clasificación muy fresca hoy en día: intelectuales de izquierda e intelectuales de derecha.

Un estudio de las opiniones mostradas en los diarios nacionales durante este periodo electoral (pre y post electoral) valdría significativamente la pena, ya que dicha polarización fue encabezada por posturas radicales

entre intelectuales, asumiendo con ello el papel y la función que la sociedad les deposita, y que, conscientes o no, asumieron mediante la polémica. El 4 de agosto de 2006 en *El Universal* se presentó la columna de Sergio Javier Jiménez con el siguiente encabezado:

Se suma Calderón a protesta firmada por intelectuales. Considera el virtual ganador de los comicios presidenciales que es lícito externar la opinión con absoluto respeto al derecho de los demás y a la libertad de tránsito y de trabajo².

* Universidad del Claustro de Sor Juana, Licenciatura en Ciencias de la Cultura.

¹ Citado por Edward Saïd en referencia al concepto del intelectual de Julien Benda. En: François Dosse. *La marcha de las ideas, Historia de los intelectuales e Historia intelectual*. Universitat de Valencia. 2007, p. 32.

² Véase <<http://www.eluniversal.com.mx/notas/366508.html> / 2006 > *El Universal Online México*.

El recién electo presidente (para aquel momento) respondía y se sumaba a la carta elaborada y respaldada por 136 intelectuales catalogados de derecha, es decir, intelectuales que apoyaban al Estado, validando, por consiguiente, el triunfo de Calderón Hinojosa, y que su vez: “Hacen un llamado a no alimentar una espiral de crispación y alarma, ni a inyectar elementos que envenenen el ambiente político”³. El manifiesto intelectual es el siguiente:

Además de evidenciar la postura política de los “hacedores de ideas derechistas” (la mayoría bastante conocidos en el mundo académico), incentivaron la reacción de los otros, los “intelectuales de izquierda”, reforzando así la función social del intelectual. Aprovechemos entonces, la fresca figura y presencia del hacedor de ideas en nuestra memoria colectiva para revisar la historia nacional, muestra clara de que la controversia del 2006 no es caso único

Jueves, agosto 03, 2006

No hubo fraude, aseguran 135 intelectuales

El 2 de julio millones de mexicanos fuimos a las urnas para elegir al Congreso de la Unión y al Presidente de la República. En diez estados hubo comicios locales: elegimos a tres gobernadores y al Jefe de Gobierno del Distrito Federal, con sus respectivos congresos locales y decenas de ayuntamientos.

Fueron elecciones auténticas entre partidos y candidatos plurales. Ninguna fuerza política ganó todo y ninguna perdió todo. Nuestra votación nos obliga a vivir y convivir en la pluralidad.

La convivencia y la competencia política civilizadas son el principio y el fin de la democracia. Este es el valor que hoy deseamos refrendar, preocupados por un clima público que puede erosionar lo que tanto trabajo ha costado construir.

Quienes firmamos este documento hemos votado por diferentes candidatos y partidos, pero nos unen las siguientes convicciones que creemos son la base para una coexistencia de la diversidad política tolerante y productiva:

1. Todas las fuerzas que participaron en la elección son legítimas. Expresan las propuestas y esperanzas de diferentes franjas de la sociedad. Esa diversidad es una riqueza que debe preservarse. Las elecciones son el único método que garantiza que sean los ciudadanos los que decidan quiénes deben gobernar y legislar.
2. Durante las campañas sobraron descalificaciones, pero la jornada del 2 de julio fue ejemplar por la participación ordenada de más de 42 millones de votantes. Fueron instaladas prácticamente todas las casillas por más de 500 mil ciudadanos sorteados y capacitados por el IFE. Todo ello transcurrió con normalidad. Reconocemos al IFE, más allá de errores puntuales, por su eficacia en la organización de esta tarea gigantesca. Refrendamos nuestra confianza en su imparcialidad y en su independencia.
3. Hemos elegido un Congreso plural donde ningún partido tendrá mayoría absoluta de votos; habrá gobernadores de diferentes partidos, congresos locales y ayuntamientos habitados por la variedad de las opciones políticas. Celebramos que la pluralidad política del país quedó genuinamente expresada en la elección del 2 de julio.
4. Las elecciones siguen probando que son el canal legítimo para la expresión de las más profundas inquietudes de una sociedad compleja como la mexicana. El espectacular crecimiento de la izquierda en estas elecciones confirma que es a través del sufragio como las distintas fuerzas políticas pueden expandir su influencia e insertar sus propuestas en la agenda nacional.
5. Existe, sin embargo, una aguda controversia en torno a la limpieza y validez de la elección presidencial. Quienes firmamos este documento hemos seguido los argumentos y pruebas presentadas en el litigio. No encontramos evidencias firmes que permitan sostener la existencia de un fraude maquinado en contra o a favor de alguno de los candidatos. En una elección que cuentan los ciudadanos puede haber errores e irregularidades, pero no fraude.
6. Los partidos y candidatos tienen el derecho de acudir al Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación para hacer valer sus inconformidades. Esa es la ruta diseñada para atender dudas, quejas o conflictos electorales. No se pueden erradicar por completo los diferendos en materia electoral. Pero a lo largo de los últimos diez años todos ellos han sido resueltos a través de la vía jurisdiccional. Una vez que el Tribunal ha resuelto, se han terminado todos los conflictos.
7. No debemos alimentar una espiral de crispación y alarma. No inyectemos elementos que envenenen el ambiente político, no enfrentemos a los adversarios como si se tratara de enemigos. Edifiquemos un clima que refuerce la convivencia política en la diversidad.
8. Refrendamos nuestra confianza en el Tribunal Electoral. Es la última y definitiva voz autorizada para desahogar el diferendo en torno a la elección presidencial. No queda sino respetar la resolución del Tribunal.
9. Nuestras instituciones electorales son un patrimonio público que nadie debe lesionar. Son el soporte de una de las libertades fundamentales que los mexicanos hemos conseguido en estos años: la libertad de votar y ser votados sin que nadie manipule nuestro mandato.

Adrián Acosta Silva, Larissa Adler-Lomnitz, Luis Miguel Aguilar, Héctor Aguilar Camín, José Antonio Aguilar Rivera, Sealtiel Alatríste, Eliseo Alberto, Jorge Alcocer, Enrique Alduncin, Ignacio Almada, Asunción Álvarez, Francisco Javier Aparicio, Antonella Attili, Roger Bartra, Eduardo Barzana, Ricardo Becerra, Humberto Beck, Ulises Beltrán, Edmundo Berumen, José Joaquín Blanco, Edmundo Calva, Salvador Camarena, Enrique Canales, Julia Carabias, Emmanuel Carballo, Miguel Carbonell, María Amparo Casar, Jorge G. Castañeda, Marina Castañeda, Adolfo Castañón, Ricardo Cayuela, Santiago Corcuera Cabezut, Lorenzo Córdova, Ramón Cota Meza, Israel Covarrubias, José Luis Cuevas, Leonardo Curzio, Luis de la Barreda Solórzano, José Antonio de la Peña, Germán Dehesa, Roberto Diego Ortega, Christopher Domínguez Michael, Denise Dresser, Irene Durante Montiel, Juan Eibenschutz, Roberto Eibenschutz, Ricardo Elías, Álvaro Enrique, Fernando Escalante Gonzalbo, Beatriz Espejo, Guillermo Fadanelli, Fátima Fernández Christlieb, Jorge Fernández Meléndez, Héctor Fix Zamudio, Enrique Florescano, Fernando García Ramírez, Luis Emilio Giménez Cacho, David Gómez-Álvarez, Luis González de Alba, José Antonio González de León, Olbeth Hansberg, Carlos Heredia, Claudio Isaac, Ángel Jaramillo, Fuad Juan, Gerardo Kleinburg, Enrique Krauze, León Krauze, Mario Lavista, Soledad Loaeza, Cassio Luiselli, Ángeles Mastretta, Álvaro Matute, Samuel Melendrez Luévano, Víctor Manuel Mendiola, Mauricio Merino, Jean Meyer, Pedro Meyer, Mario J. Molina, Silvia Molina, Ciro Murayama, Humberto Murrieta, Benito Nacif, Enrique Nortén, Octavio Novaro Negrete, Pablo Ortiz Monasterio, Ignacio Padilla, Guillermo Palacios y Olivares, Pedro Ángel Palou, David Pantoja Morán, Julio Patán, Braulio Peralta, Rafael Pérez Gay, Rafael Pérez Pascual, Jacqueline Peschard, Ernesto Piedras, Jean-François Prud'homme, Ricardo Rápale, Román Revueltas Retes, Federico Reyes Heróles, Jorge Javier Romero, Alejandro Rossi, Luis Rubio, Pablo Rudomín, Daniel Sada, Luis Salazar, Pedro Salazar Ugarte, José Sarukhán, Cecilia Sayeg, Guillermo Sheridan, Isabel Silva Romero, Carlos Sirvent, Guillermo Soberón, Fernanda Solórzano, Beatriz Solís Lereé, Jaime Tamayo, Ricardo Tapia, Carlos Tello Díaz, Raúl Trejo Delarbre, Julio Trujillo, Isabel Turrent, Guillermo Valdés Castellano, Eduardo Valle, Josefina Zoraida Vázquez, Rodolfo Vázquez, Xavier Velasco, Diego Villaseñor, José Warman, José Woldenberg, Ramón Xirau, Gina Zabludovsky, Fernando Zertuche, Leo Zuckerman⁴.

³ <<http://www.eluniversal.com.mx/notas/366445.html>> *El Universal*.

⁴ <<http://deperiodistas.blogspot.com/2006/08/no-hubo-fraude-aseguran-135.html>>.

en el andar del intelectual en el país, así como tampoco es única la estructura de polarización. Es tan importante el intelectual, que vemos también cómo la figura presidencial recurre a éste como respaldo y legitimación de su gobierno, artilugio que lógicamente no es nuevo en la política mexicana, conduciéndonos a la reflexión de la función social de este personaje. ¿Qué función tiene el intelectual en la sociedad? Específicamente en una sociedad que ha gestado y presenciado las distintas expresiones de lo que profesan, reiteran, apoyan y defienden los líderes de la opinión pública (que, propiamente, no siempre entran en la categoría de intelectuales).

Es menester señalar que en el transcurso del tiempo histórico, el intelectual mexicano responde directamente a los asuntos políticos del país; con ello exponemos también que para el estudio del intelectual mexicano, el contexto en el que se desarrolla es de suma importancia, así como tomar en cuenta que las categorías que antepone a ellos han sido construcciones de espacio y tiempo; esto es, que un intelectual denominado de derecha, no es el mismo en toda etapa. No valdría analizar a Enrique Krauze, por ejemplo, bajo los preceptos de la vida académica del México de los años 30 del siglo XX; no es el mismo campo discursivo el de Lucas Alamán que el de Manuel Gómez Morín, aunque compartan funciones y posturas políticas denominadas –cuestionablemente– como conservadoras o de derecha; la derecha de la primera mitad del siglo XIX no es la misma que la de inicio del siglo XX. Pero antes de comenzar nuestro breve recorrido histórico, es necesario explorar y reflexionar, a modo de introducción, en torno al complejo concepto del intelectual, así como saber a quién se le denomina intelectual de derecha y por qué.

El intelectual a lo largo de su historia ha resultado difícil de ubicar. Uno de los aspectos que complican su estudio es el término mismo, ya que, como tal, sólo aparece desde la Modernidad; sin embargo, la figura de éste puede ubicarse en anteriores etapas históricas. François Dosse en el texto *La marcha de las ideas* establece que la Grecia Clásica ya poseía socialmente esta figura, el sabio o el guía, que aconseja y daba un valor moral, económico o político a su saber.⁵ El medioevo gestó a sus pensadores y místicos so-

⁵ La forma de hacer la historia intelectual ha variado enormemente hasta alcanzar su crisis y desencanto en la década de 1970. Reanimada y reestructurada a partir de los años 80, ante los cambios de paradigma, de regímenes de historicidad, el giro hermenéutico, entre otros, la historia de los intelectuales es trabajada de forma complementaria; no se desarrollará en este texto la forma de la historia intelectual.

bre el modelo aristotélico⁶; con el advenimiento de la Baja Edad Media, la actividad intelectual se convierte en coto del burgués universitario, alejándola del cerco religioso. Aparece entonces el primer intelectual moderno: Pedro Abelardo [1079-1142], erudito laico, dedicado al estudio y a la vida bohemia, que se gana la vida por medio de la enseñanza⁷. Su figura fue fundamental para definir el papel del intelectual, pero sólo sería hasta el Renacimiento, con la tecnología de la escritura mecánica, el incremento de circulación de libros, el descubrimiento del Nuevo Mundo (o la invención de América), la creación de instituciones, la secularización, cuando surgen los espacios autónomos de vida académica. Para el Siglo de las Luces (XVIII) los hombres de estudio –como los concebimos actualmente– asumen un papel en la vida política, Voltaire o Rousseau por ejemplo. Dosse califica la inserción del intelectual en la vida política como un acto esencialmente de protesta⁸. En *El siglo de las Luces*, Jean-Marie Goulemot asegura que es en el siglo XVIII donde surge la figura del intelectual moderno⁹, ya que la creación de espacios de legitimación y desarrollo, donde los letrados, burgueses, bohemios e intelectuales encuentran la libertad de expresar sus ideas y de intercambiar pensamientos, espacio ideal para la distribución de textos; son los salones –públicos o privados– cafés, etc. destinados a la lectura y pláticas de índole académica, donde se enriquece la figura del intelectual, para desarrollarse sin que sea interrumpido durante los siglos venideros.

El concepto de intelectual ve su origen en varios momentos; la palabra *intelligentsia* es utilizada por primera vez en 1860 para designar a los intelectuales rusos. Pero es un caso de índole pública el que propicia a la construcción en común tanto en concepto como en función. Son los mismos intelectuales quienes se muestran atentos a la urgente necesidad de definir su actividad, y ven en el llamado “caso Dreyfus”¹⁰ el contexto ideal.

⁶ Gregorio el Magno sistematiza los males mencionados por Aristóteles y los clasifica como pecados. Dante Alighieri fue también seguidor del pensamiento aristotélico.

⁷ Entre sus estudiantes se encuentran los goliardos, un grupo de monjes bohemios dedicados al estudio y de vida errante.

⁸ François Dosse. *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales e Historia intelectual*. Universitat de Valencia. 2007.

⁹ Jean Marie Goulemot. Traducción de Javier Torrente Malvado. *El siglo de las luces*. Guadarrama. 1969.

¹⁰ Alfred Dreyfus (1859-1935) fue un oficial del ejército francés, judío, condenado en 1894 a deportación de por vida, acusado de traicionar a la patria. En 1898, el escritor Émile Zola publica *J'Accuse*, texto donde acusa duramente al gobierno por llevar el caso con documentos falsos; el texto de Zola (*L'Affaire Dreyfus*) tuvo una rápida distribución entre los académicos y la sociedad, causando enfrentamientos políticos

El caso Dreyfus es trascendente, ya que la oposición —una oposición letrada, los intelectuales— por primera vez reaccionaba públicamente contra el gobierno, liderando la opinión pública y ejerciendo presión social para condenar la injusticia cometida contra Dreyfus. La presión social ejercida propició que el término mismo de intelectual fuera usado como sustantivo (el intelectual) por primera vez¹¹. Los intelectuales consideran esa coyuntura como la definitoria de su función social, que es poner su pluma al servicio de la sociedad, intervenir para develar la verdad y promover la justicia. Dicho ya como concepto propio, autónomo, individual (un sustantivo), el intelectual encuentra la problemática ontológica tan constante como su inquietud. El conflicto que los define es convertirse en moderadores y mediadores de la justicia social, de asumir la responsabilidad de decidir y expresar qué es lo correcto o qué lo incorrecto en la vida social y política. Buscan influir en las masas, a riesgo de que los acepten o los repudien, enarbolando su verdad.

Si esto es así, entonces el quehacer intelectual es, fundamentalmente, analítico y crítico. Frente a un hecho social (por limitarnos a un universo), el intelectual analiza lo evidente, lo afirmativo y lo negativo, buscando lo ambiguo, lo que no es ni una cosa ni otra (aunque así se presente), y exhibe (comunica, devela, denuncia) lo que no sólo no es lo evidente, sino incluso contradice a lo evidente¹².

Desde entonces el intelectual no ha dejado de pensarse, como vemos en la cita anterior, gestada por un personaje polémico y contradictorio como es el Subcomandante Marcos. El intelectual percibe que su función radica entre equidistantes realidades (la cotidianidad y el ideal universal), se replantea constantemente y encuentra que es un ser cuya visión “objetiva” implica tomar una distancia incluso identitaria, la de un exiliado que mira la patria por fuera, del condenado a que la soledad será lo que le acompañe siempre, consciente de que será un inadaptado cultural. Michael De Certeau, Edward Said y Theodor Adorno coinciden en que el exilio es una especie de ética del intelectual: “Esto forma parte de la moral: no sentirse en su casa en la propia casa”.

internos y un resurgimiento del antisemitismo en Francia; de hecho Francia y la Santa Sede rompieron relaciones diplomáticas, motivando la ulterior separación Iglesia-Estado en 1905. En 1899, Dreyfus fue nuevamente enjuiciado, e indultado en 1906.

¹¹ Dosse, *op. cit.* pp. 43-90.

¹² <<http://www.ilmanifesto.it/>>.

La misma realidad exige al intelectual moverse acorde a los tiempos, no es como el forastero de una película de vaqueros hollywoodense, que regresa a su tierra, hace justicia, acepta su vida solitaria y se marcha una vez cumplida la misión a donde nadie le encuentre. No, el intelectual es trastocado también por los medios, por la globalización y por todos los fenómenos sociales característicos de su época. Es este hecho el que hace a los intelectuales figuras polémicas, ya que no escapan de lo que acontece: tienen la ineludible función de ser observadores que guían la opinión pública.

Es justo en este planteamiento que regresamos a nuestro tema de partida, aquellos intelectuales que han tomado partido, en este caso los intelectuales de derecha.

El anti-intelectualismo de la derecha internacional se acentúa en México, donde la derecha hace mucho que dejó de leer, ocupada en observar con detalle los métodos de la televisión para enmendar a la niñez y la juventud. Es un anti-intelectualismo orgánico, furibundo, que viene de la fobia de la Contrarreforma por el libre examen, y de una certidumbre: si un libro no dispone de la autorización eclesiástica, del *Nihil Obstat*, no vale la pena acercarse a él...¹³

Podría decirse que la idea predominante entre los intelectuales de izquierda —por consiguiente de lectores afines— es que los intelectuales de derecha no figuran ni responden a las exigencias de la realidad mexicana. Como ya fue señalado con anterioridad, las elecciones del 2006 definieron e insertaron en el imaginario colectivo las funciones y la importancia de algunos sectores del poder; los intelectuales aparecieron más que nunca ante la opinión pública, develando con la palabra, las bases de las políticas exhibidas, las llamadas izquierda y derecha mexicanas.

Resulta interesante notar que la opinión ciudadana —en los mencionados momentos electorales— favorecía y se apropiaba con fervor de conceptos e imágenes de intelectuales propiamente de izquierda, baste ver las innumerables pancartas, arte-objeto, versos y demás expresiones sociales acaecidas en el “Plantón de Reforma” (movimiento civil encabezado por López Obrador tras su derrota electoral), donde los citaban y afirmaban su influencia; dejando así, a los derechistas, sin bases académicas y con suma desconfianza civil.

¹³ Carlos Monsiváis en la Revista Proceso, Número 1537 en <<http://www.proceso.com.mx/hemerotecainterior.html>>.

¿Qué sucedió en realidad con los intelectuales de derecha en este periodo histórico? ¿Quiénes son los soporíferos intelectuales de dicha postura política? ¿En realidad lo son los 136 individuos que firmaron el manifiesto del 3 de agosto? ¿Por qué no figuraron en el imaginario colectivo? ¿Por qué la connotación de “vendidos” o “traidores”?¹⁴ Son muchas las interrogantes en torno a este tema y la intuición ciudadana no escapa mucho de la realidad, sostengo; pero si el intelectual debía salir en algún momento para asumir y cumplir su hacer y su función, era justamente aquél.

Resulta curioso pensar que el intelectual —en general— de nuestros días posee una peculiaridad que pocas veces en la historia de México se presenta, salvo la muy entrecamillada “Paz Porfiriana”, que dio cabida al positivismo y que formó a su vez a uno de los grupos intelectuales más fructíferos en la vida cultural del país: los ateneístas, aunque claro que con sus debidas especificaciones contextuales como lo fue la Revolución. No obstante, los ateneístas disfrutaron su formación con el ejercicio pleno de su vocación. Dicha característica es la profesión misma del quehacer intelectual. Por igual, el intelectual de hoy puede vivir apaciblemente de la palabra y la pluma —a sabiendas, claro, de maniobrar exitosamente en la enmarañada industria cultural mexicana—, posee y goza una estructura bien o mal ya construida, así como de los espacios propicios para su desarrollo; no es la circunstancia complicada de los intelectuales que vivieron la invasión estadounidense en el siglo XIX. Como Guillermo Prieto, por ejemplo, quien mientras combatía con las armas escribía poemas en defensa de la patria. Tampoco se vive el compromiso político que motivaba a Martín Luis Guzmán a combatir al lado de Francisco Villa en los adversos tiempos de la Revolución. No, nuestros intelectuales tienen la posibilidad de ser sólo intelectuales (asumirse como tales, mantener una mirada distante, manejar el discurso académico y apropiarse de la opinión pública). Ante esto, ante nuestro contexto (siglo XXI) vale cuestionarse si, independientemente de su perfil político, los intelectuales cuentan con las condiciones que permiten su desarrollo y difusión; si esto es así, entonces ¿por qué no figuraron los intelectuales de derecha en la sociedad? ¿Por qué no utilizaron la palabra, aquella herramienta poderosa que es la palabra, para liderar la opinión pública, si en muchos casos tienen, más que los otros, superiores re-

ursos y superiores posibilidades de difusión de sus obras? Y aún con el goce de varios espacios de distribución, como es el caso de Enrique Krauze, ¿por qué no tienen el respaldo ni la confianza de la ciudadanía?

¿Qué pasó en el camino, por qué el intelectual de derecha se perdió? ¿Por qué si el 87.9% de la población nacional aún tiene afinidades católicas¹⁵, no está apegada al intelectual que, se supone, sostiene una moral de principios católicos? ¿Es que la mayoría de este sector católico modifica su tendencia a otras posturas políticas? Y si lo es, ¿por qué? Posiblemente, ser intelectual de derecha ya no implique ser intelectual católico, o al revés. Es simplemente una interrogante.

Son muchos los aspectos a estudiar en torno a la situación del intelectual contemporáneo, y tal cuestión implicaría un trabajo de mucho más tiempo de investigación, de muchos métodos y de varias disciplinas (antropología, sociología, estadísticas, etc.). A todo esto, lo que se pretende señalar son sólo algunos factores, pero sobre todo, la intención es enfatizar que la derecha mexicana tiene vigencia y se expresa en varios sectores de la vida nacional, sectores que han sido instituidos a lo largo del tiempo, y si queremos hablar de los intelectuales de derecha, nos vemos en la necesidad de explorar sus momentos históricos, su conformación, su funcionamiento y sus alcances.

La derecha en el país posee larga historia y varias facetas, tantas —y en relación evidente— como las políticas de la Iglesia Católica; institución de la que hacer omisión significaría aminorar la lógica funcional de la postura política tratada en este texto. Es este el motivo por el que varios autores difieren en conceptos y matices para su denominación.

Basándonos en los señalamientos y el punto de partida de Augusto Salazar-Bondy, pensador del Perú contemporáneo, respecto a la justificación que realiza en *¿Existe una filosofía de nuestra América?* (1968), de tomar como pensadores o intelectuales latinoamericanos sólo a los activos a partir de la mitad del siglo XIX, ya que considera que es hasta este periodo que el desarrollo social, político e ideológico sustenta a los pensadores decimonónicos; periodo que coincide con el Romanticismo europeo combinado con el sensualismo francés, la escuela escocesa y el espiritualismo ecléctico, así como el anhelo de la construcción nacional a partir de los modelos federales (estadounidense) o

¹⁴ Como sustento, pueden revisarse los trabajos de los moneros, periodistas, y ciudadanía, expresadas en espacios virtuales, tales como los blogs, periódicos virtuales, las ediciones en línea de los periódicos y revistas, etc., entre otras formas.

¹⁵ De acuerdo a datos proporcionados por el censo de 2000. Ver en <<http://www.inegi.gob.mx/est/contenidos/espanol/rutinas/ept.asp>>. Última actualización: miércoles, 21 de mayo de 2003.

monárquico-constitucionales (europeos); llevando a los letrados de nuestra América —como las llama Salazar Bondy— a dos tendencias políticas claras y rotundas: liberales y conservadores.

A partir de esto, pudiéramos pensar que los primeros antecedentes de derecha en México los encontramos en el conservadurismo, término con el que comúnmente se relaciona a la derecha, pero que como veremos es más complejo que la mera sinonimia conceptual.

Bondy señala que existen grandes similitudes entre las posturas ideológicas, hecho que se repite en Perú, México, Chile y Argentina. En México, al entrar al periodo de la República restaurada (1867) los liberales, a pesar de mantener el discurso liberal, adquieren costumbres y modos de la vida burguesa, clase social cuya base descansa en los propios conservadores, dándose así una simbiosis que pudiera rayar en el doblete moral. Los conservadores también viven alteraciones, pues al estar los liberales en el poder, se asimilan y negocian con ellos para mantenerse presentes en la vida política; un ejemplo claro de este intercambio es Lucas Alamán, intelectual, político e historiador mexicano, descendiente de Hernán Cortés. Aristócrata y letrado, católico tendiente al proteccionismo económico (tendencia que hoy se considera propia de la izquierda), como funcionario público fundó el Banco de Avío, el Museo de Historia Natural y el Archivo General de la Nación (por algo era historiador), pero ¿fue Alamán un intelectual de derecha? NO. La idea que tenemos de Alamán proviene de lo que los positivistas pensaron sobre él y lo que la posrevolución conceptualizó como derecha equiparándola a conservadurismo. Los héroes y villanos dependen del lugar de donde se les mire.

La paz porfiriana, con todo y su compleja justificación, al menos en lo cultural y académico, logra grandes avances, las pretensiones europeizantes generan instituciones y espacios literarios, artísticos y académicos que darán las bases para las posteriores permutas culturales. Se incrementan con Díaz la burguesía y la clase media, las cuales son los sectores que darán el triunfo a la Revolución; los jóvenes del Ateneo de la Juventud sintetizan en gran parte lo sucedido en la mayoría de la sociedad, aunque claro está que su formación académica gesta en ellos peculiaridades que serían punto de partida para la posterior institucionalización del Estado y evidentemente para el quehacer intelectual mexicano. Son los ateneístas (1909) un grupo de jóvenes pertenecientes a familias consoli-

das, burguesas, del porfiriato, y su postura es en contra del positivismo del régimen. José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Julio Torri, Carlos González Peña, son algunos de los integrantes del Ateneo de la Juventud. Como grupo de intelectuales promueven los valores universales de la academia¹⁶. Arribada la Revolución, este mismo grupo se ve alterado por las constantes crisis y falta de estabilidad, y muchos de ellos son partícipes de la lucha armada o bien, exiliados por inconformidad política, aún así continúan inyectando savia ilustrativa al país. Por otro lado, aparecen los jóvenes que habían alcanzado aún los formatos del positivismo, discípulos de los famosos ateneístas, pero que de distinta manera asumen su papel en la vida política. Estos últimos los podemos resumir en el grupo de los Siete Sabios (1915): Manuel Gómez Morín, Alberto Vázquez del Mercado, Alfonso Caso, Vicente Lombardo Toledano, Antonio Castro Leal, Teófilo Olea y Leyva y Jesús Moreno Baca. Este grupo presenta como síntoma la separación con los ateneístas, fueron sus alumnos, mas no cimbraron su generación a pesar de trabajar bajo su dirección, no convergen ni continúan con los preceptos de sus maestros. Los Siete Sabios se dedican más a labores públicas propias de un funcionario-académico. Dicho grupo es liderado por otro personaje primordial para la derecha en México, no sólo por su papel de intelectual, sino también por sus resultados como funcionario público: Manuel Gómez Morín. El contexto de éste debe comprenderse también bajo la clave del universalismo y ello incluye la dimensión espiritual que se concreta en la Doctrina Social de la Iglesia. Por ello, la derecha en México no puede comprenderse sin esta última dimensión¹⁷.

Gómez Morín inicia su vida académica desde muy joven. Fue director de la Facultad de Derecho en 1923, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México de 1933 a 1934. En ese lapso, se establece como política de educación un sistema de corte socialista; no obstante, Gómez Morín, como varios académicos y estudiantes se oponen a tal, haciendo hincapié en la libertad de cátedra. Que el rector de la Universidad declarara públicamente su oposición al Presidente, generó en toda la República constantes y divergentes conflictos intelectuales, movimientos

¹⁶ Emmanuel Carballo. *Protagonistas de la literatura mexicana*. Alfaguara. México. 2005.

¹⁷ Para profundizar este tema véase el texto de Mónica Uribe presentado en esta misma revista.

estudiantiles, pero sobre todo la conformación de movimientos y asociaciones civiles. Varias de éstas fueron comandadas por líderes religiosos, por lo que se acusó a Gómez Morín de fortalecer organizaciones católicas bajo el pretexto de la libertad de cátedra:

...no se trató de una lucha religiosa: a pesar de la gran participación de universitarios católicos, también fueron numerosos los contingentes liberales; aún así es indudable que fueron años de ascenso político de los estudiantes católicos, quienes poco después serían la base de la oposición clasemediera al gobierno de Lázaro Cárdenas¹⁸.

Javier Garciadiego intenta hacer –dicho con sus propias palabras– un rescate y revaloración de personajes a los que se ha juzgado mal o no se ha considerado su aportación cultural; lo interesante de este texto, además del rescate biográfico que realiza de Gómez Morín y otros personajes, es que lo financia y promociona el gobierno federal. Otra de las aportaciones del autor citado es que señala la inseparable relación del polémico movimiento intelectual propiciado por Gómez Morín en 1933 y la creación del Partido Acción Nacional, ya que en este partido Gómez Morín reúne a los opositores del gobierno, a las asociaciones religiosas y a la ciudadanía clasemediera católica. Les otorga un lugar, una presencia en la vida pública, misma que gesta y establece su solidificación. Otro de los aspectos fundamentales para el desarrollo de la derecha en México es la enseñanza; es en este periodo que la formación de espacios como escuelas e institutos que garantizan pensadores de derecha católica, son cimentados.

Con base en lo anterior, entendemos a otra de las figuras claves de la derecha mexicana, tal vez el último intelectual de la derecha católica que ha dado el panismo: Carlos Castillo Peraza.

Castillo Peraza [Mérida 1947- Bonn, 2000] fue el más connotado intelectual de la derecha panista contemporánea. En su juventud fue presidente nacional de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana y de la Acción Católica. Estudió filosofía en la Universidad Gregoriana y letras en la Universidad de Friburgo en Suiza. A su regreso, impartió cátedra en el Centro Universitario Montejón de los maristas en su natal Mérida. También fue catedrático de la Universi-

dad Iberoamericana, de la Universidad La Salle y del Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE) en la ciudad de México.

Su carrera política comenzó en 1967 cuando se afilió al PAN. Fue fundador y primer director del Instituto de Estudios y Capacitación Política de Acción Nacional. Dos veces fue Secretario de Relaciones Internacionales del CEN. Fue parte del Consejo Nacional del PAN desde 1979 y miembro del Comité Ejecutivo en varias ocasiones. En 1993 fue electo presidente del Comité Ejecutivo Nacional del PAN, cargo que ocupó hasta 1996, años cruciales para la solidificación y ascenso de la derecha en México.

Fue dos veces candidato al gobierno de Yucatán en 1980 y 1988 y a la alcaldía de Mérida en 1984. Fue dos veces diputado federal por el PAN en las LI y LIV Legislaturas, 1979-1982 y 1988-1991. En 1997 perdió las elecciones de Jefe del Distrito Federal, retirándose de la política. En 1998 renunció al PAN para dedicarse a la reflexión y a la academia.

Su actividad periodística fue amplia. Colaboró regularmente en periódicos como *El Universal*, *El Diario de Yucatán*, y *La Opinión* de Los Ángeles, y en revistas como *Proceso*, *Nexos*, y *Vuelta*. Es decir, se dio el lujo de escribir como periodista crítico del sistema y como intelectual en bandos encontrados. También escribió artículos para periódicos españoles de izquierda y derecha como *El País* y el *ABC*, así como *L'Avvenire* y *30 Giorni* (Italia), esta última una revista jesuítica.

Semanalmente, participaba en el programa televisivo de análisis político *Primer Plano*, transmitido por el Canal Once del Instituto Politécnico Nacional. Su última participación fue el 21 de agosto del 2000. Poco después de su repentino fallecimiento, Julio Scherer, a modo de homenaje, publicó en *Proceso* una conversación donde dio ciertas claves sobre la vida política nacional durante la década de los noventa.

Escribió libros de texto como *Antología de textos de historia de Yucatán*, pero su fuerte era la polémica y la discusión sobre la realidad política nacional. En esa línea escribió *El ogro antropófago*, *El PAN nuestro*, y *Disiento*. Además hizo una biografía del fundador de Acción Nacional: *Manuel Gómez Morín: constructor de instituciones*. Dejó un libro inconcluso, *Volverás*, editado por la Fundación Rafael Preciado.

Lo trágico de Castillo Peraza es que, a pesar de su intento por educar e impulsar la vida académica e intelectual

¹⁸ Javier Garciadiego. *Cultura y política en el México posrevolucionario*. INHERM y Secretaría de Gobernación, México, 2007, p. 412.

tual de los panistas, no puede ubicarse individuo o generación a quien pueda considerar su discípulo en términos estrictamente intelectuales. Los hay sí, incluso el propio Calderón así se considera como tal, en términos políticos; pero no hay ensayistas ni letrados de su talla que puedan considerarse sus sucesores.

Otra figura polémica por su relevancia en la cultura mexicana, considerado como intelectual de derecha por varias causas —siendo una de las principales la simple carencia de verdaderos intelectuales de derecha— es Octavio Paz. Si bien él nace como intelectual desde la oposición, posteriormente dará declaraciones polémicas a favor del Estado que lo ubicaron como un intelectual orgánico de la derecha salinista. Paz es un personaje polémico, complejo y multifacético. Desde sus antecedentes familiares, Paz muestra los cambios políticos de la Revolución: su abuelo Ireneo Paz, escritor e intelectual porfirista; su padre, Octavio Paz, revolucionario zapatista, fallecido a edad temprana; su madre, Josefina Lozano, una migrante española de acendrada piedad. Criado por su madre y su abuelo en Mixocac, Octavio Paz vivió entre la tradición y la ruptura, patrón que repetirá a lo largo de su vida. Como poeta, es heredero del grupo de los Contemporáneos, si acaso el único.

Renunció en 1968 a su gestión como embajador de México en la India en protesta por la desmesurada represión gubernamental en Tlatelolco. Por ello, en los últimos años de los sesenta inició su carrera académica, impartiendo cátedra y conferencias por todo el orbe. En 1990, Paz fue galardonado con el Nobel de Literatura, lo que en México polarizó a los intelectuales, y tal parece que, hasta a la fecha, a los políticos.

En el Coloquio de Invierno de 1992, la polarización llegó a su cenit. En ese evento participaron los dos grupos intelectuales más representativos del país: *Nexos* (1978) y *Vuelta* (1976); el primero encabezado por intelectuales supuestamente más de “izquierda”, que postulaban que el intelectual debía servir a la sociedad y vincular su trabajo a las preocupaciones de las masas; el segundo, encabezado por Paz, y entonces considerado intelectual de derecha, apostaba al liberalismo y a la independencia del artista como condición *sine qua non* del intelectual. El grupo *Vuelta*, ahora *Letras Libres*, era más elitista, refinado y gozaba del mecenazgo de Televisa¹⁹.

¹⁹ Entre sus discípulos y participantes se encuentra Enrique Krauze.

Lo interesante de ese momento y de Paz mismo, es que reflexionó sobre el papel del intelectual en México, sobre cuál era su función. El Coloquio de Invierno cumplió con el propósito de definir las posturas intelectuales de fines del siglo XX mexicano. Fundamentalmente no difieren de las actuales; sin embargo, hoy se ven influidas por la mediatización y la globalización agudizadas, propias de los años que nos separan de 1992, y que definen a los intelectuales de nuestra sociedad.

Pero ¿la derecha? ¿y los intelectuales de derecha? Tal vez Sebastián Guillén Vicente, el “Subcomandante Marcos” tiene razón cuando señala al respecto:

Ninguno de los actuales herederos de Paz tiene su estatura, aunque no les faltan ambiciones para ocupar su lugar. No como intelectual, pues les faltan inteligencia y brillo, sino por el lugar privilegiado que ocuparon al lado del Príncipe [...] sino, sobre todo, para eludir el análisis crítico y la reflexión serios y responsables²⁰.

¿Intelectuales propiamente? No han sido sustentados en tal categoría, no por elevada que ésta sea, sino porque no parecen entender que la problemática de la función del intelectual radica en su misma cuestión ontológica. Aquellas características que antes definieron a esta figura de la sociedad: el exiliado, el que no tiene patria y que está obligado a verlo todo, el que procura la verdad bajo los preceptos de la opinión pública, mas no por ello olvida la seriedad académica que las palabras le dan. Que varios intelectuales como Enrique Krauze o el propio Gabriel Zaíd manifiesten tendencias derechistas, no los convierte en realidad en intelectuales de derecha. En el caso de Zaid, quizá se le pudiera definir como el gran intelectual y poeta católico laico de fines de siglo XX y de principios del siglo XXI, continuador de *Ábside*, de Ángel María Garibay, más que de Gómez Morín. Los intelectuales comprometidos con la derecha no existen ya; existen, si acaso, grupos de intelectuales o académicos funcionales, como diría Gramsci, a los intereses del Estado. Sucede que hoy el Estado y su encarnación concreta, el gobierno, están en manos de la derecha. Y ningún intelectual está dispuesto a ser crucificado.

²⁰ Subcomandante Marcos. *La derecha intelectual y el fascismo liberal*. México, 2000 en <<http://www.monde-diplomatique.fr/2000/08/a/oxymoron.html>>.